

**EL SECRETO  
DEL  
FÉNIX**

Anamaría Vergara  
Oppliger



© El Secreto del Fénix  
Sello: Tricéfalo  
Primera edición: Agosto 2019

Anamaría Vargara Oppliger  
Edición General: Martín Muñoz Kaiser  
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser  
Ilustración de portada: Felipe Montecinos  
Corrección de textos: Rodrigo Muñoz Cazaux



© Áurea Ediciones  
[www.facebook.com/aureaedicioneschile](http://www.facebook.com/aureaedicioneschile)  
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)  
[www.aureaediciones.cl](http://www.aureaediciones.cl)  
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile  
ISBN: 978-956-6021-19-3  
Registro de Propiedad Intelectual N°: A-320591

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados.

*Para Francisco por inspirarme cada día  
y para mis padres por enseñarme  
a sentir ese suspiro.*

*Imagina el suspiro de un susurro, algo tan pequeño y suave que apenas puede ser percibido. Ahora les contaré como logré escuchar ese suspiro.*

# I

## Una Librería Vieja

Mis padres están locos, creen que todo lo tecnológico es parte de un complot y que la tecnología es controlada por mafiosos que pueden observar todo lo que hacemos. No los puedo entender, estamos en el siglo veintiuno. Todos tienen celulares, aplicaciones, internet y yo no. Tengo trece años y no tengo red social alguna, porque mis padres creen que todos nos observan o que podrían hasta robar mi identidad. En este nuevo mundo globalizado soy una persona invisible, como un fantasma, es como si no existiese para los niños de mi edad.

Sobre la superficie de la ventana del auto, las gotas hacían carreras entre ellas, afuera llovía de forma torrencial a pesar de que era verano. Mis padres iban manejando hacia unas cabañas en las que se supone que pasaría la estación estival.

—Llegamos —dijo mi madre mirándome desde el asiento delantero con ojos penetrantes, dejando de leer en voz alta—. Tienes cara de aburrida —añadió cerrando el ajado libro infantil, dejándolo en la guantera, liberándose del cinturón de seguridad.

*¿Cómo no iba a ser aburrido el viaje si no podemos ni escuchar música? Por lo menos tenemos auto,* pensé sin decir nada.

Al llegar a la triste cabaña, y luego de adueñarme de una cama en la pieza más solitaria, alejada de los cuartos de mis hermanos pequeños, me dispuse a disfrutar de mi pasatiempo preferido: leer. No sólo me gusta leer por el acto de hacerlo, adoro esa sensación de tener un libro antiguo que ha pasado por miles de manos desconocidas, por manos arrugadas, manos jóvenes, manos callosas o dedos tullidos. ¿Has pensado en cuantas historias conocen esos libros? No me refiero solo a las que traen escritas en sus páginas, sino a aquellas historias que no son narradas dentro del propio texto; esa flor seca que fue puesta en medio del libro, esa mancha de café de alguien que, cansado deslizaba su mirada por las letras, intentando terminar aquella historia, esas marcas de tinta, esos olores, toda esa sensación me llama cada vez que tengo un texto frente a mis curiosos ojos.

A la mañana siguiente, terminé de ponerme el buzo para ir trotando al pueblo más cercano; Pu-

cón, en ese pueblo no había muchas librerías, pero mi misión era encontrar una con historia y mucho polvo, de esas que tienen libros antiguos y usados, esos que me llaman. Corrí unos minutos. Me gusta trotar, me renueva sentir que cada paso que doy es un palpito de mi corazón, que cada salto que hago al correr es la melodía que sigue mi cuerpo. El paisaje era bonito, además, como el día anterior había llovido, el pasto tenía un color verdoso claro y fuerte que resaltaba en contraste al de la tierra húmeda, podía sentir el olor a naturaleza mojada.

La ciudad, es rústica, pequeña y turística, la arquitectura semeja las casas de campo bávaras, la mayoría construidas por colonos europeos que llegaron al país a principios del siglo pasado, escapando de la segunda guerra mundial.

Caminé sin rumbo, encontré algunas tiendas de libros, pero no eran lo que buscaba, Mientras pensaba en esos pequeños detalles gustosos de la vida, la vi. Era una tienda pintada de verde oscuro, con grandes ventanales y un letrero afuera que decía “Librería Opplinger”, me acerqué como un gato que acecha a su presa y miré por la ventana. Logré ver diferentes libros amontonados unos sobre otros, se veía el polvo desde donde yo estaba, también me di cuenta que dentro, justo en la ventana había una caja de música y otros adornos que parecían antiguos.

Mientras pensaba si entrar o no a la pequeña librería, a mi lado pasaron dos niñas que parecían de mi edad, me miraron de pies a cabeza y sonrieron, iban con sus celulares en las manos, vestidas a la moda. Me di cuenta lo extraña que era para mis pares, usaba lentes grandes para leer, mi pelo castaño oscuro siempre desordenado, demasiado blanca para la época del año. Me dispuse a entrar. Al abrir aquella puerta verde que rechinaba, escuché un sonido chillón y armonioso que hizo una campanita pequeña que había sobre el umbral. En ese momento lo sentí, el olor a polvo, a libros que han sido leídos cientos de veces, ese olor era como un susurro que me llamaba.

*Léeme, imagina cuantas personas me leyeron, imagina por cuantos lugares estuve, imagina mi historia.*

Eso pude escuchar en mi mente, hasta que escuché una voz ronca y rasposa.

—Buenos días jovencita. ¿La puedo ayudar en algo? —Era un hombre viejo, arrugado y rojo, de facciones europeas.

—Estoy buscando mi libro preferido, *El señor de los anillos* —articulé sin pensar, había leído esos libros cientos de veces, era mi excusa para entablar un tema de conversación con el viejo

—Buena elección —exclamó el hombre, mientras del mesón que estaba frente suyo sacaba un ejem-

plar—. Por suerte también es uno de mis preferidos y lo estaba leyendo —me miró con sus ojos celestes, igual de penetrantes que los de mi mamá—. Ahora dime chiquilla, ¿Qué trae a una pequeña como tú a una librería como la mía? —Lo miré extrañada y pensé *¿Qué tipo de pregunta era esa?*

—Es una librería, supongo que los libros —dije bajando la mirada, ignorando su sonrisa.

—Entonces tenemos a una jovencita que le gusta leer —me miró de pies a cabeza. El hombre tenía la voz muy ronca, demasiado para ser normal.—  
¿Cómo te llamas? Preguntó.

—Amo leer —dije sin dudarlo, ya que era lo único que me gustaba y podía hacer sin que mis padres me lo negasen. Con voz más baja acoté—: y me llamo Leira —mi nombre es tan raro que siempre evito decirlo.

—¡Chis! Nombrecito. Me parece interesante que a una niñita de estos tiempos le guste leer —afirmó el viejo, mientras me entregaba el libro empolvado, sostuve ese ejemplar antiguo de *La comunidad del anillo*—. Vale 4 mil pesos —agregó el señor. Levanté el rostro y lo miré sonriendo con cara de niña buena.

—¿Puedo ver los estantes? —pregunté.

—Claro, mire nomás, si necesita algo más, me avisa —Apenas terminó la oración siguió leyendo otro libro que tenía en su lugar de trabajo, me puse

a ver, pasé la mano por los estantes para escuchar que me querían decir los antiguos libros empolvados de diferentes historias.

Mi abuela siempre me contaba que los libros tienen alma y que ellos quieren ser leídos. De a poco fui pasando mi mano tomo por tomo, cerré los ojos, para concentrarme en escuchar los susurros de cada ejemplar y cuando sentí que el texto me llamaba, me detuve, lo tomé y me escondí detrás de un estante, leí todo el día. Ese era mi plan desde el principio porque no tenía nada de plata, mis padres no me daban dinero tampoco.

Habían pasado unas horas y escuché la voz ronca de nuevo.

—Te pillé chiquilla —dijo riéndose el anciano con cara de gringo. Lo miré y ocupé mi cara de pena.

—Señor, disculpe, es que amo leer, pero no tengo dinero para pagar los libros —dije mirándolo con la misma cara que ocupaba para pedir algo a mis papás. El viejo me miró extrañado, tardó un poco en pronunciar palabra.

—Hay que valorar a los buenos lectores —salté de felicidad y ese día nació una gran amistad. Con el tiempo descubrí que el hombre se llamaba Helmut Opplinger, era profesor de filosofía jubilado y se había instalado con esta librería para no aburrirse y ganar dinero adicional a su pensión.

—Helmuth ¿Qué crees del amor? —pregunté a mi viejo amigo, mientras pasaba la página del libro que estaba leyendo.

—Una vez me enamoré, creo que es difícil encontrar amores reales —respondió con mirada nostálgica.

—¿Amores reales? —pregunté otra vez con voz ida.

—Como el de *Como agua para chocolate*, m'hijita —respondió el hombre.

Dejé de leer el libro que tenía sobre la mesa y me quedé pensando en esos amores como los de los libros antiguos. Nunca pensé en sentir algo así, eran como amores idealizados, casi como de Disney, todos los amores son reales, pero entendía lo que el viejo quería decir.

—¿Por qué hablas tan ronco? —pregunté al anciano otro día, uno de mucho calor.

—Porque fui estúpido y fumé demasiado —articuló.

De pregunta en pregunta pasaron los días, llevaba dos semanas leyendo en la librería, preguntando cosas a mi nuevo amigo Helmuth

—¿Eres alemán? O ¿inglés? —pregunté otro día.

—Alemán.

Esa vez me contó la historia de su familia y como llegó a Chile su padre, quedando huérfano a los tres años de edad. Me contaba de sus aventuras como

profesor de filosofía y las cosas que le pasaban, así me hice amiga de un hombre que podría ser mi abuelo y él me decía siempre “la preguntona”, porque en esas dos semanas siempre le preguntaba cosas; es que ese viejo sabía mucho. Hasta que un día me preguntó a mí, íbamos caminando en la calle, porque me había invitado a comer un helado en la plaza del pueblo. Cada vez que pasábamos por fuera de una casa con perros, los animales comenzaban a ladrarle a Helmuth, él se reía y les pegaba en la nariz con su bastón de madera.

—Perro desgraciado —decía entre risas.

—No hagas eso, que eres malo con los perritos —dije, mientras él con el bastón tocaba la nariz del perro que ladraba desesperado al otro lado de la reja.

Helmuth tenía actitudes como las de un niño pequeño y malicioso, al mismo tiempo se veía muy viejo y caminaba muy despacio con la espalda encorvada, yo intentaba caminar a su ritmo, pero iba tan lento que era difícil. Una vez que llegamos a la plaza, compramos los helados y mientras él lengüeteaba frenético su helado de chocolate me preguntó.

—Leira, ¿Qué crees de la muerte? —Me asombré que un hombre tan sabio y cercano al fin de sus días me preguntase eso a mí.

—Creo en la reencarnación, no veo la muerte como algo malo —dije sin dudar.

—¿Le temes? —preguntó serio.

—No lo sé —dije sin sacar la vista de mi helado. Entonces me pasó un pequeño dulce—. Creo que no le temo —agregué recibiendo el dulce y echándomelo a la boca.

—Creo que yo tampoco —dijo con la mirada perdida en el horizonte.

Ese fue un momento dulce y amargo, casi como lo es la muerte, sentí mucho dulzor en la boca, pero por alguna razón no era suficiente. Creo que eso sienten las personas cuando muere un ser querido.

Al día siguiente fui a la librería a leer y conversar, pero estaba cerrada. *Qué extraño, este viejo apretado no cierra ni los domingos*, pensé. Miré por la ventana y vi los libros antiguos desordenados sobre distintas sillas, unos sobre otros, pude ver la caja de música que observé la primera vez que entré a la librería. Entonces escuché pasos, me agaché para esconderme, no eran los pasos del anciano, estos eran rápidos y Helmuth caminaba despacio por la edad. Alguien abrió la puerta y pude ver a un niño de pelo castaño muy claro, casi rubio y de ojos azules, me miró y afirmó:

—Tú debes ser Leira —lo observé y pregunté:

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Héctor, Héctor Ñirrivilu, soy el nieto de Helmuth —declaró mientras intentaba darme la mano a modo de saludo.

—Soy Leira, Leira Verdugo —dije para presentarme y estreché su mano—. No sabía que Helmuth, tenía un nieto de mi edad —agregué mirando a Héctor, quien sonrió. Se parecía un poco al viejo, pero tenía una sonrisa inocente. No entendía porque el viejo feo no me había dicho que tenía un nieto y que más encima era tan cercano como para estar hoy en su preciada librería.

—Pasa, ¿Qué edad tienes Leira? —preguntó mientras yo entraba a la tienda.

—Tengo trece —dije intentando no mirar al niño.

—Yo tengo quince recién cumplidos —agregó él. Mis ojos se desviaron un poco, lo observé mejor, se veía mayor que yo. Tenía los ojos azules, pero de un color casi gris, la nariz puntiaguda, con el puente un poco levantado, cejas pronunciadas y algo desordenadas—. Hoy te puedes quedar en la tienda hasta el mediodía. Mi Opa no quería que te dijera, pero se enfermó, está en el hospital —me contó poniéndose serio.

—¿Qué es Opa?

Me explicó que así se decía abuelo en alemán, también me informó que como Helmuth había fu-

mado demasiado, ahora tenía problemas respiratorios, por eso cada vez que se resfriaba lo llevaban al hospital, al tener los pulmones dañados por el humo, corre riesgo su vida con la más leve gripe.

—¿Puedo ir a verlo contigo? —pregunté seria, ese viejo se había transformado en dos semanas en un gran amigo para mí. Héctor en respuesta a mi pregunta asintió.

Esa tarde fuimos a ver a Helmuth, el hospital quedaba a unas cuadras de la librería, así que caminamos lento y fuimos conversando.

—Se han hecho amigos en poco tiempo, él siempre habla de ti —comento Héctor mirando hacia delante.

—Tu abuelo sabe mucho —afirmé mirando el suelo. Por alguna extraña razón me sentía rara, no quería mirarlo a la cara.

—Es una persona muy sabia, me ha enseñado mucho —respondió.

Nuestros hombros se rozaron y me sentí extraña de nuevo, no sé cómo lo podría describir. No era incomodidad, pero si esto hizo que me pusiera nerviosa.

—Tienes suerte, yo no tengo abuelos vivos —ex-puse con voz melancólica, mirando a otro lado para ignorar mi nerviosismo. Recordé a mi abuela, que

había muerto hace tres años. Ella fue quien me enseñó a valorar los libros y a escuchar sus voces—. Oye, nunca había escuchado ese apellido que tienes ¿De dónde es? —pregunté intentando mirarlo a la cara.

—Es mapuche<sup>1</sup> —proclamó—. Mi papá era mapuche, murió hace años, cuando yo tenía diez —respondió cabizbajo

—No pareces mapuche —respondí. Realmente no se le notaba nada, no tenía ni un rasgo indígena.

—Tengo solo un veinticinco por ciento de sangre extranjera y nací así, mis hermanos son más morenos, no entiendo —titubeo mirándose las manos, se notaba que le afectaba.

—Es extraño, pero mi abuelita siempre decía que por algo somos como somos —agregué sonriendo e intentando darle ánimo.

—Quizás algo debo hacer con estos ojos —respondió sonriendo.

Al llegar al hospital y pasar a la pieza donde tenían al viejo Helmuth, intenté hablarle y le hice muchas preguntas, pero él no me podía responder, no debía emitir sonido alguno, esforzarse le dañaba la garganta. El hombre estaba conectado con suero y otras máquinas que yo no conocía, la enfermera que atendía a Helmuth me contó que pronto lo darían de alta, solo debía mejorar un poco más. Se

---

1 Pueblo originario de Chile.

veía tan distinto, no parecía el mismo viejo alto con aires de grandeza que había conocido, le dio un billete a Héctor

—Vayan a comerse un helado de esos que me gustan —dijo, y después hizo la señal de guardar silencio, para que no le dijéramos a la enfermera que había hablado, desobedeciendo las órdenes médicas.

Después del hospital Héctor y yo nos fuimos a tomar un helado en el mismo lugar al que había ido con su abuelo, hablamos de libros. Para mi sorpresa a Héctor también le gustaba leer, aunque a diferencia de mí, podía jugar videojuegos y tener redes sociales.

—Te envidio —exclamé.

Le conté que mis padres no me dejaban estar cerca de los computadores y todas las teorías que tenían sobre el complot. Esa tarde me quedé conversando con Héctor de muchas cosas, descubrimos que teníamos mucho en común. Eso era raro, no tenía mucho que conversar con otros niños de mi edad, en este tiempo la gente evita leer o no lo disfrutaban como antes.

Cuando empezó a atardecer me fui a mi casa, él insistió en ir a dejarme, así que caminamos hasta la cabaña, era bastante lejos, aun así, no le importó.

—Mañana estaré en la librería —comentó al despedirse.

Esa noche me pasó algo extraño, esa frase no salía de mi cabeza *Mañana estaré en la librería*, ¿Por qué dijo eso? ¿Quería que fuera? Por alguna razón me daba miedo ir al día siguiente, así que me quedé en la cabaña.

Era extraño, Helmuth no me había dicho nada de un nieto y además ese tipo, *Héctor, tiene los ojos azules, debe ser creído*, pensé. Recordé a un compañero del colegio que tenía ojos azules, ese niño era muy fresco con mis compañeras y me caía mal, apuesto que Héctor es igual, Intenté convencerme.

El día que no fui a la librería me la pasé jugando con mis hermanos gemelos; uno se llama Ignacio y el otro José, ambos son opuestos. Ignacio es muy alegre y extrovertido, José introvertido y callado. Ese día me sentí distinta, le conté a mis hermanos y me dijeron que era tonta por no ir a la librería solo porque iba a estar ese tipo, si me gustaba ir, debía ir, no me tenía que importar si estaba ese niño o no.

## Hay cosas que es mejor enfrentar...

Siguiendo el consejo de mis hermanos, al día siguiente volví a la librería, necesitaba leer. Así que fui a la tienda de libros usados, entré y sonó la campana como siempre, vi a Héctor con una caja llena de libros que me saludaba desde atrás de un estante. No quise acercarme a él, me daba miedo, aunque intenté no hablarle, al final fue inevitable y nos quedamos hablando de reencarnación, teorías filosóficas y religión. Fue raro, porque son temas que a otros niños de mi edad no les interesan.

—Leira, quiero mostrarte algo, yo creo que es algo que solo tú puedes entender —estaba atardeciendo y Héctor me llevó a eso que solo yo podía entender, nos sentamos en la playa y cuando el sol se estaba escondiendo me preguntó—: ¿Ves esa línea azul que se ve en el horizonte cuando se oculta el sol? —asentí—. Dicen que es la hora azul, es como una hora mágica donde todo puede pasar —narró mirándome a los ojos, me perdí en su mirada, guardé silencio admirando aquel universo que